

36  
9523

499-1

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

## VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO.  
RECREATIVO Y PINTOESCO.  
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA  
EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,  
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS  
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

### VIAJE RECREATIVO Y PINTOESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.

### OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES.

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
calle de Robador, n.º 24 y 26

1874.

ISLA DE CUBA.

ISLAS CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

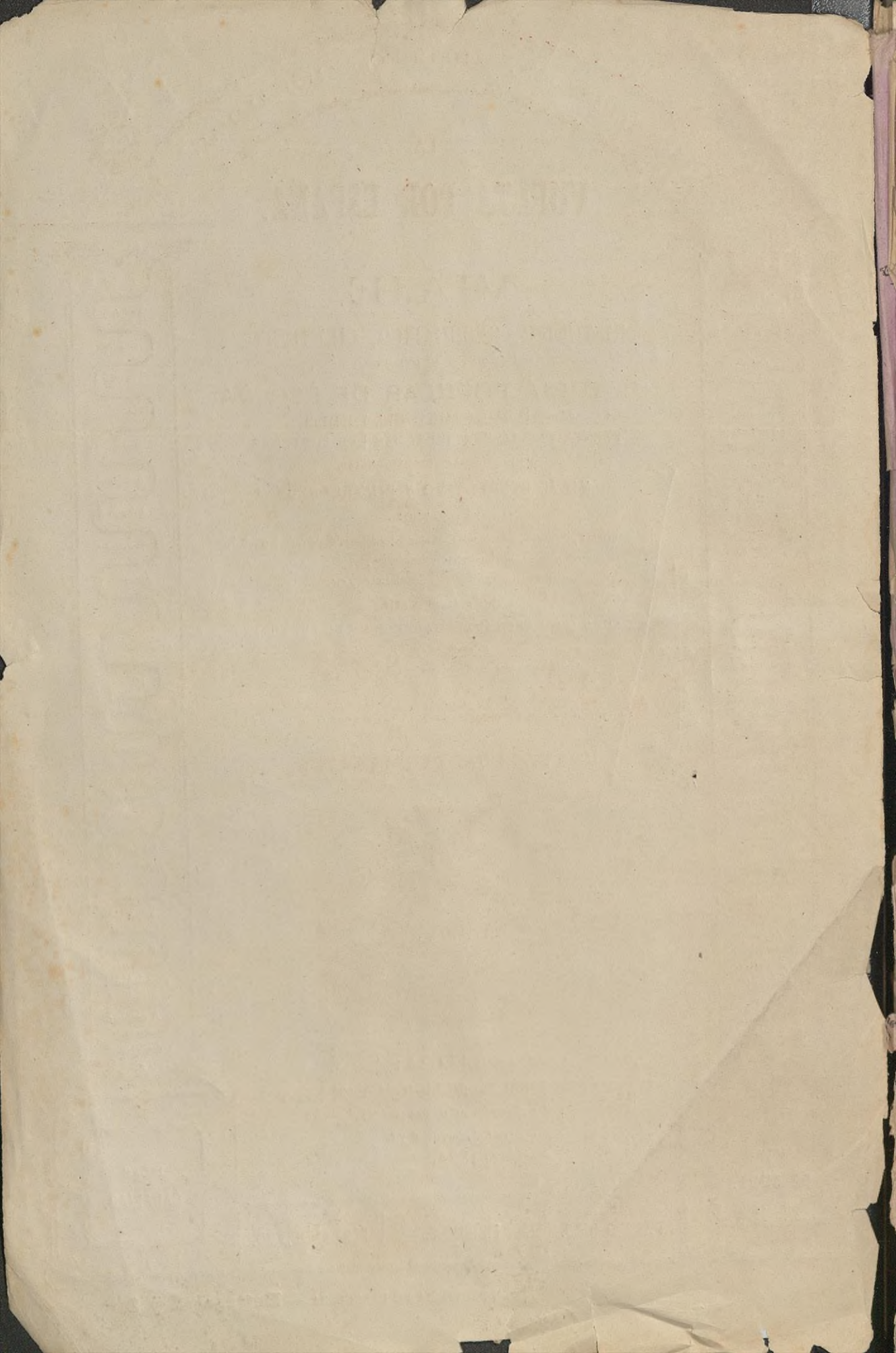
FERNANDO POO.

PROVINCIA DE BARCELONA. — Entregas 1 y 2.

L47  
2944

15.076  
July 1848









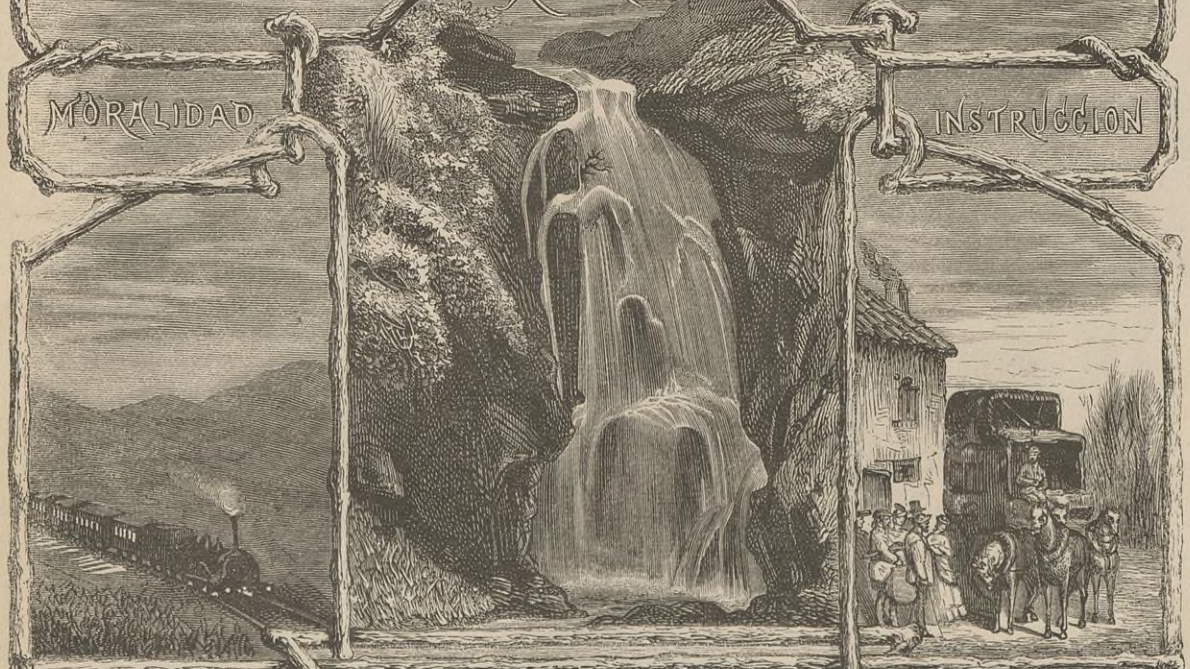
# LA VIETA POR ESPAÑA

VIAGE HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,  
RECREATIVO Y PINTORESCO.

RECREO

MORALIDAD

INSTRUCCION



BARCELONA.

E. RIERA, EDITOR

ROBADOR, 24 Y 26.



JENY 1877

R. Y. MULLON



47-2944

INSTRUCCION. — RECREO. — MORALIDAD.

LA  
**VUELTA POR ESPAÑA.**

**VIAJE**

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO, RECREATIVO Y PINTORESCO.

**HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA**

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

**VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO,**

ABRAZANDO LAS TRADICIONES, LEYENDAS, MONUMENTOS,  
PROPIEDADES ESPECIALES DE CADA LOCALIDAD, ESTABLECIMIENTOS BALNEARIOS,  
PRODUCCION, ESTADÍSTICA, COSTUMBRES, ETC.

**OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO,**

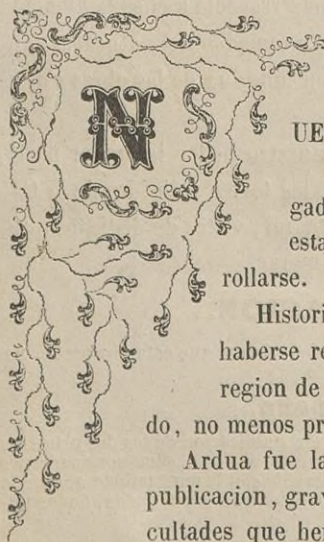
REPRESENTANDO LOS MONUMENTOS, EDIFICIOS, TRAJES, ARMAS Y RETRATOS.

Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades

POR

**UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.**

**TERCER PROSPECTO.**



UESTRO viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Ardua fue la tarea que nos impusimos al dar comienzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de



perseverancia, de laboriosidad y de energía han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurriendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera ámplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con la delicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, si que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exíguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendados á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y ábsides de la Catedral y Santa María del Mar, varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

### **BASES DE LA PUBLICACION.**

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas al mismo tamaño y forma que este prospecto, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de

**medio real en toda España,**

repartiéndose cuatro semanales.—Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.

### **Puntos de suscripcion.**

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador n.º 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscritores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo*, *Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.







*G.<sup>a</sup> = Febrero 1.<sup>o</sup> / 74.*

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

## VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO, RECREATIVO Y PINTORESCO.  
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,  
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

### VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios,  
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

**UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.**

TOMO TERCERO.

COMPRENDE

LA PROVINCIA DE BARCELONA.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. P. RIERA,

CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 24 Y 26.

1874.

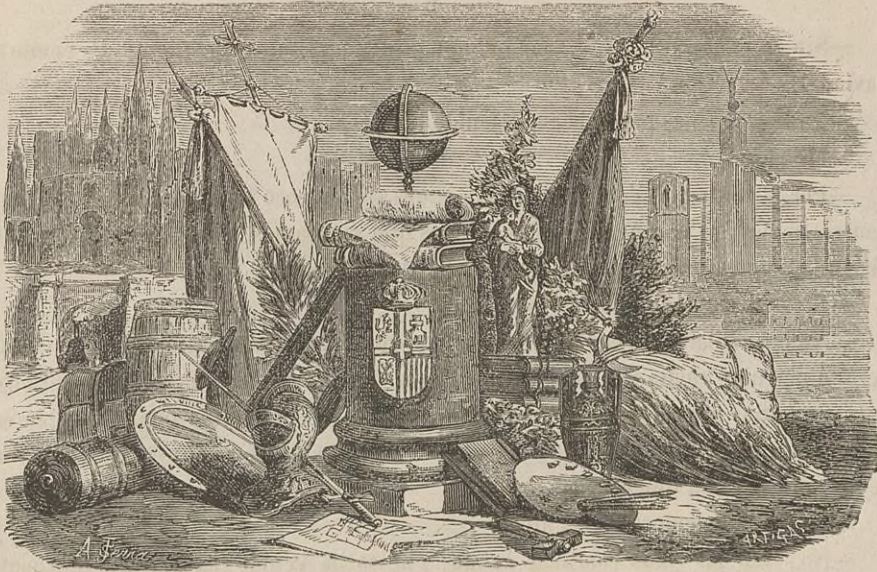


ES PROPIEDAD.

El que reproduzca una obra ajena sin el consentimiento del autor, ó de quien le haya subrogado en el derecho de publicarla, queda sujeto á la indemnización de daños y á las penas impuestas al editor fraudulento.

(LEY DE 10 DE JUNIO DE 1847, *art.* 19).



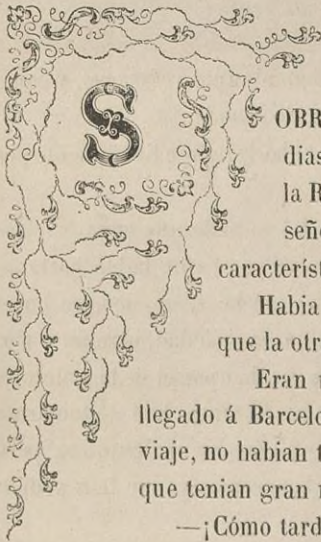


## CAPÍTULO PRIMERO.

### BARCELONA.

Algunos detalles respecto á la familia de Sacanell.—Tipos encantadores.—Tipos car-  
gantes.—Primera aventura de Pascual en Barcelona.—Teatros veraniegos.—La  
Rambla.

I.



**S**OBRE las cuatro de la tarde de uno de los mas hermosos dias del mes de junio, en una casa de las mejor situadas en la Rambla de Barcelona, hallábanse asomadas al balcon dos señoras diferentes en edad, pero no diferentes en los rasgos característicos de sus fisonomías.

Habia pasado la una del término medio de la vida, mientras que la otra apenas comenzaba á recorrer el primer tercio de ella.

Eran madre é hija; eran D.<sup>a</sup> Engracia y Pilar que, habiendo llegado á Barcelona el dia anterior, despues de un largo y accidentado viaje, no habian tenido ánimo de salir todavía á recorrer la ciudad, puesto que tenian gran necesidad de reposo y de quietud.

—¡Cómo tarda Pravia!—decia Pilar dirigiendo sus impacientes miradas de uno á otro extremo de la calle.

—¡Caramba mujer! ¿querrás tenerlo siempre á tu lado? Tambien el chico tenia necesidad de reposo.



—Sin embargo, desde esta mañana que estuvo aquí un momento, no ha vuelto todavía.

—Ya le reprochas por haberse detenido tan poco.

—Me parece...

—Por el contrario, debias apreciarlo, pues si tan poco tiempo estuvo, fue porque temeria molestar, porque sabia lo cansadas que estábamos, que teníamos que arreglar una porcion de cosas, y no quiso pecar de importuno.

—Sí; pero desde entonces...

—Vamos, Pilar, no seas así; comprende que Pravia habrá salido con sus compañeros á dar una vuelta por la poblacion; que él está en distinto caso que nosotros, puesto que Sacanell le habrá presentado á sus amigos, se habrán puesto á hablar del viaje que acabamos de hacer, y sin faltar á la educacion, no habrá podido separarse de las personas con quienes esté.

—Eso es; tú siempre le disculpas.

—No; veo las cosas con mas calma; ¿acaso ha venido Castro? ¿Se impacienta María Antonia como tú?

—Mira, mamá; todas no podemos tener el mismo carácter, y si María Antonia puede estar con esa tranquilidad, yo no.

Iba á replicar D.<sup>a</sup> Engracia, cuando penetraron en el aposento dos señoras que, dirigiéndose hácia el balcon exclamaron:

—¡Caramba! ¿Todavía no están Vds. vestidas?

—¿Y para qué?—repuso Pilar con un ligero acento de despecho; todavía no han venido esos caballeros, y no sé cuando les parecerá conveniente hacerlo.

—Vamos, no se impaciente V.—exclamó la mas jóven de las recién llegadas, que no era otra que María Antonia;—ya vendrá.

—Eso mismo la estaba yo diciendo.

—*Tamien* mi hija *paece* del mismo mal; pero yo la hago algunas *reflixiones*, y como es dócil y sabe que su madre no la *quie* mal, se conforma de *siguida*.

—Pero, mamá, ¡por Dios!—exclamó María Antonia ruborizándose ligeramente por las frases que acababa de pronunciar D.<sup>a</sup> Robustiana.

—¿Qué tienes muchacha?—exclamó esta.—Pero ¡ah! ya sé lo que *quies icil*; señoras,—prosiguió dirigiéndose á D.<sup>a</sup> Engracia y Pilar,—yo ya sé que hablo bastante mal, y Vds. me perdonarán si suelto alguna patochada; me he *criao* siempre en el pueblo, no sé ninguna de esas *ritóricas* que se usan en la *güena* sociedad, pero así y *tóo*, tengo un corazon, que, aunque me esté mal *icirlo*, no lo cambio por el de la señorona mas *encopetáa*. Yo no tengo pretensiones de saber *náa*, y por lo tanto, han de tomarme así como soy; á la pata la llana; dispuesta siempre á hacer un favor á cualesquiera, pero *náa* mas: en fin, en las pocas horas que hace que nos conocemos ya me han podido comprender Vds.

—Y apreciarla tambien,—repuso D.<sup>a</sup> Engracia,—que no somos de aquellas que nos preciamos de una frase mas ó menos culta, cuando detrás de ella se esconde un corazon falso y engañosor; á todo ese refinamiento de finura que muchas veces en-



contramos en el mundo, prefiero lo que V. posee, un corazón bueno y generoso y una voluntad decidida para hacer el bien de sus semejantes.

—¿Ves, mujer, ves? y tú que me estabas moliendo los cascos, «¿qué dirán aquellas señoras? Ponga V. *cuidiao* en lo que *ice*;» y otras cien cosas por el estilo. Ya se ve, como que mi hija ha nacido cuando su padre y yo habíamos llegado á reunir algunos cuartos, y le hemos dado otra educación distinta de la que nosotros habíamos recibido; como que ella se trataba con lo mejorcito de Guadalajara, y ha estado en su *güen* colegio, no puede menos de extrañarle que sus padres hablen así, de tan mala manera, pero, hija mía, ¿qué le hemos de hacer? yo desde muy pequeña, en vez de ir á la maestra, tenía que ayudar á mi madre á hacer las faenas de mi casa, ir á sembrar con mi padre cuando era la estación; espigar, coger las olivas, y, en fin, otra porción de incumbencias que me impedían leer libros, ni aprender palabras bonitas; después me casé con tu padre que era otro *probe* zopenco como yo, ni más ni menos; trabajamos como dos negros algunos años, y si bien hicimos algún dinerillo, no pudimos afinarnos ya; y no crean Vds., que yo bien quisiera hablar como la mejor, pero ¡*cáa!* ya no está la *Madalena* para tafetanes, y el exigirme á mí que hoy *preunciara* esto ó aquello así ó *asao*, sería lo mismo que pedirle peras al olmo.

—Mire V., D.<sup>a</sup> Robustiana, indudablemente habrá personas, seres de esos que solamente juzgan por las apariencias, que tal vez encuentran ridículo y digno de risa su modo de hablar, pero para mí lo verdaderamente ridículo, es todo aquello forzado y violento que muchas veces encontramos en la sociedad. Y prueba de que tal como es V. merece aprecio y consideración, que todos nuestros amigos la aprecian verdaderamente en lo que vale, y para ninguno de ellos es V. ridícula ni necia.

—¿Lo ves, hija mía? ¿Lo ves muchacha?—exclamó D.<sup>a</sup> Robustiana con cierto aire de triunfo dirigiéndose á su hija.

—Si yo no he dicho que lo fuera V.; si yo, su hija, tengo á mucha honra el que sea V. mi madre; únicamente, salvando el respeto que la debo, me he atrevido algunas veces á hacerle varias observaciones respecto á esta ó aquella frase.

—Vamos, vamos, hagamos punto final sobre este asunto, y hablemos de otra cosa,—dijo Pilar atrayendo junto á sí á María Antonia;—Vds., que llevan ya más días en Barcelona que nosotros, habrán visto algo ya, ¿eh?

—No mucho, porque mi hija con *el aquel* de que no estaba Castro, y con ¿qué diría si sabía que habíamos ido á paseos ó á *treatros*? nos hemos tenido que estar en casa, hechas unas monjas; ya ven Vds. si eso es divertido.

—Pero, mamá, ¿qué gusto había yo de tener, queriéndole como le quiero, de ir á este ó al otro sitio sin tenerle á mi lado?

—Justo, porque lo que es tus padres para tí eran maldita la cosa. ¡Jesús! Señora,—prosiguió D.<sup>a</sup> Robustiana dirigiéndose á D.<sup>a</sup> Engracia,—estas muchachas en *icir* que ponen su querer en un hombre, ¡adios, padres! ya se convierten en platos de segunda mesa.

—Pero, mamá, si no es eso.

—Y dígame V., D.<sup>a</sup> Robustiana,—repuso Pilar,—¿qué hacía V. cuando era joven?



—Toma, toma; *misté* qué calabazas.

—Nada, nada; contésteme V. á lo que la pregunto.

—Hija mia, como hace ya tantos años de eso, ya se me ha olvidado.

La ingeniosa salida de D.<sup>a</sup> Robustiana hizo reír á sus interlocutoras, diciendo poco despues D.<sup>a</sup> Engracia :

—Ese es el destino de las madres, amiga mia, y es exactamente lo mismo que nosotras hemos hecho, y que mañana sus hijas harán tambien como las nuestras.

Las dos señoras prosiguieron hablando sobre este mismo tema, y mientras tanto las jóvenes sostenian tambien su conversacion mas en armonía con la situacion en que se hallaban.

—¿Con que nos vamos á casar en el mismo dia?—decia María Antonia á Pilar, que no cesaba de recorrer con su vista toda la parte de Rambla que podia distinguir desde el balcon.

—Así lo han dispuesto nuestros futuros esposos, y puede V. creer que me alegro infinito de adquirir en la esposa de un íntimo amigo de Pravia, una amiga tan simpática como V. y que disfrute tambien de una felicidad semejante á la mia.

—Mucho apreciamos tambien á Pravia, así como á todos los amigos que acompañan á Castro, y podrá V. comprender la simpatía que pueden merecernos sus elecciones, máxime habiendo recaído en una persona tan digna como V.

—¿Sabe V. que estoy pensando una cosa?—preguntó Pilar de pronto estrechando entre las suyas las manos de María Antonia.

—¿Qué?

—Que es muy ridículo que nos hablemos tan ceremoniosamente nosotras, cuando nuestros futuros esposos se tutean, y cuando nuestra amistad tambien ha de ser tan franca y tan firme como la suya.

—Tiene V. razon.

—Por lo tanto, desde ahora mismo queda excluido el tratamiento entre nosotras. ¿Te parece Antonia?

—Con mucho gusto accedo.

Y un beso que recíprocamente brotó de los labios de las dos jóvenes, selló aquel pacto tan ingénuo como espontáneo.

—¿Qué es eso niñas?—preguntó D.<sup>a</sup> Engracia.

—Nada, mamá; que Antonia y yo nos consideramos hermanas desde este momento, nos juramos amistad eterna, y hemos firmado nuestro contrato con un beso.

—Ya vienen, ya vienen,—exclamó la hija de D.<sup>a</sup> Robustiana, dibujándose en su rostro una expresion de inmensa alegría.

—Ya veo á Pravia,—exclamó Pilar siguiendo la direccion de las miradas de su amiga.

—Ya concluyó todo para ellas,—dijo D.<sup>a</sup> Engracia.

—Toma; pues, si tengo yo mas años que un camello viejo, y *entoadia*, cuando veo á mi Pascual se me bailan los ojos.

—Vienen todos juntos.



—¿Y Pascual tambien?

—Sí, señora; y D. Cleto y mi tío.

—Vamos; bien se han hecho esperar esos caballeros.

—¡Hola, mamá! con que parece que tú tambien te impacientabas, ¿eh?

Y Pilar dió un cariñoso abrazo á su madre al decirle estas palabras.

## II.

En virtud de las instrucciones que Sacanell habia enviado á su familia, y accediendo á los deseos de D.<sup>a</sup> Engracia, habíanles tomado una habitacion en el mejor sitio de Barcelona, habitacion á la cual se trasladaron tambien D.<sup>a</sup> Robustiana, su esposo y su hija, pues desde los primeros momentos Pravia y Pilar quisieron que no constituyesen mas que una sola familia aquellas que iban á formarse por las bodas de los dos amigos.

Los jóvenes y D. Cleto habian ido á vivir á la casa de Sacanell, donde obtuvieron la mas favorable acogida.

La familia del catalan se componia de un tío, viudo hacia algunos años, y de una hermana de este, señora anciana ya, solterona pero amable, cariñosa y buena, un tanto dada á visitar iglesias y un mucho al cariño que á su sobrino profesaba.

D. José Antonio Sacanell habia sido uno de los fabricantes mas conocidos, siendo su firma tan respetada en la plaza como atendida y considerada en el extranjero.

De una probidad intachable, de una rectitud de principios severa, trabajador como el primero, y amante al mismo tiempo de su familia como el que mas, despues de haber tenido á su hijo durante muchos años en el escritorio, á fin de que adquiriera hábitos de trabajo, hizole recorrer primeramente todos los puntos del Principado, donde poseia algunas fábricas, visitar á sus corresponsales, hacer contratos y estipular condiciones al objeto de que adquiriese la práctica que él tan perfectamente poseia.

A su muerte, encontróse nuestro amigo poseedor de un inmenso capital, de un apellido honrado y de un crédito extraordinario.

Un hermano de su madre, á quien su padre habia protegido, y cuya posicion no era muy desahogada, fue la primera persona en quien pensó el jóven para que participase de su fortuna; llevóle á su casa, confirióle la direccion de ella, y al poco tiempo pudo ver con satisfaccion que en nada mas que en el cariño y en el vacío que en su corazon hallaba, se advertia la falta de su padre.

Si en el manejo de los negocios habia encontrado en su tío una persona hábil, apta y capaz, una adquisicion no menos importante para los quehaceres domésticos, tuvo en su tía.

Así fue que entonces, en la confianza de que para nada hacia falta su presencia en Barcelona, fuése á Madrid, comenzó á viajar, entrando en relaciones con Castro y los demás amigos, con quien le hemos visto hasta ahora.

Dados estos ligeros antecedentes, respecto á los personajes que componian la fami-



lia de Sacanell, fácilmente se comprenderá lo afectuoso del recibimiento que harían á su sobrino y á las personas que le acompañaban.

En compañía de las señoras no vivía nadie mas que Pascual, porque D. Agustín, D. Cleto y el padre de Castro, que había ido á Barcelona para asistir al matrimonio de su hijo, habían ido á habitar en compañía de los jóvenes.

Merced á la posición de Sacanell, á sus relaciones en el mundo industrial y mercantil de Cataluña, y á sus conocimientos en los diferentes ramos de la industria catalana, podían prometerse sus amigos óptimos resultados de su existencia en Barcelona.

Necesitaban para conocerla perfectamente, un guía, no solo inteligente, sino práctico, con numerosas relaciones, y con los suficientes conocimientos para poder dar las múltiples explicaciones que las distintas industrias que constituyen la riqueza de las provincias catalanas, requiere.

Sacanell se había propuesto que no se omitiera en su itinerario por el vasto campo de la industria, el mas insignificante establecimiento; pues decía, y con mucha razón á nuestro juicio, que tan digna de loa era la gran empresa, que desde la hilatura á la estampación recorría todas las diversas etapas de la industria algodonera, como el modesto fabricante que solo reunía un corto número de telares, ó tres ó cuatro mesas de estampar.

Unos y otros, en sus esferas respectivas, contribuyen á la erección de ese colosal monumento de la industria nacional, y en él, tanto el que pone mucho como el que ofrece lo que puede, merecedores son á que se les elogie y aliente, á los unos, felicitándoles por lo que han hecho; á los otros, estimulándoles para que lleguen á hacer mas.

De aquí que Sacanell se propusiera, y sus amigos estaban muy acordes con él, visitar todos los establecimientos industriales, chicos ó grandes de Barcelona y su provincia, ocupándose con detención de sus adelantos, de sus mejoras, de los esfuerzos hechos por cada industrial para mejorar sus productos, del bien que á la sociedad en general han hecho, de la inmensidad de brazos que sostienen, del beneficio que el Estado ha reportado, así como tambien de lo que este pudiera y debiera hacer para que aquellos afanes, aquella asiduidad, aquel continuo trabajar, representados por centenares de fábricas, obtuviesen la recompensa apetecida.

Y en esta visita, puramente industrial, no se concretaban exclusivamente á los ramos de hilados y tejidos en sus distintas aplicaciones, habían de abrazar todas las industrias, lo mismo la metalúrgica que la algodonera, la de lanas que la agricultura, la de curtidos, que la de drogas, y todas aquellas que no por ser mas modestas y humildes dejan de ser mas necesarias y mas dignas de atención y de elogios.

Había expuesto ya á sus amigos el plan que pensaba seguir, y todos estaban conformes con él, porque en la mente de todos estaba la importancia de la industria en Cataluña.

D. Cleto habíase ofrecido á hacerles un relato á grandes rasgos de la historia industrial del Principado, con las vicisitudes porque sucesivamente fue pasando; relato, que podría servirles de base, para despues de haber verificado su visita, emitir las consideraciones que el estudio práctico pudiera sugerirles.



Siguiendo la marcha establecida en todo el viaje, primeramente habian de visitar los monumentos religiosos y civiles, los establecimientos de instruccion y beneficencia, ocuparse de la administracion de justicia, visitar las fábricas y demás locales industriales para concluir con la historia civil, política y religiosa de la provincia.

Á la exclamacion de Pilar y de Antonia al ver que se aproximaban sus compañeros hácia la casa en que vivian, siguieron los saludos que aquellos les hicieron, y poco despues todos estaban reunidos en la sala.

—¿Pero todavía están Vds. así?—dijo Azara dirigiéndose á su tia y á su prima.

—En cinco minutos estamos vestidas.

—Sí, sí, ya escampa, en principiando vosotras á poner os alfileres ya tenemos para un rato.

—¡Calla, Agustin!—dijo D.<sup>a</sup> Engracia;—que tú, en tratándose de nosotras, eres peor que el hombre mas exigente; y sobre todo no es mia la culpa.

—¿Oyes, Pilar, lo que dice tu madre?

—Y es la verdad, tio; pero si culpable hay alguno en esto no lo soy yo solamente.

—¡Hola! ¿tratamos ya de echar el muerto á otro?

—Sí, señor; este caballerito ha tenido la culpa.

—¡Ah, pícaro Pravia! y qué callado te lo tenias.

—¡Yo! y ¿de qué soy culpable Pilar?

—¿Quieres que te lo diga?—preguntó D.<sup>a</sup> Engracia viendo la perplegidad de su hija.

—Ya lo creo.

—Pues todo es porque has tardado.

—¿Y por eso dice que tengo yo la culpa de que no se haya vestido?

—Sí, señor; porque se conoce que estaba V. muy distraido, cuando no se acordaba de que aquí le estábamos esperando.

—Parte de esa culpa debe alcanzarle tambien á Castro,—añadió María Antonia, porque han venido juntos.

—Y á todos tambien,—dijo D. Cleto,—puesto que todos estamos en el mismo caso.

—Eso sí, para defenderse no hay como los hombres.

—Pues, vamos;—dijo Sacanell,—de todo esto, puede V. creerme, el único culpable he sido yo.

—¡Usted!

—Sí, señora; yo, que quise llevarlos al Ateneo, y al salir de allí nos encontramos con un dichoso primo que Dios me dió, que ya les aseguro á Vds. que nos ha dado un planton de mil diablos.

—Chico, sí que es verdad; tu primo es una cataplasma soberbia.

—¡Oh! y todavía no le conoceis bastante; no hay nada mas fátuo, ni nada mas presuntuoso, ni nada mas burlon, ni nada mas entrometido que él; de todo quiere entender, de todo habla, de todo murmura, no encuentra bueno mas que lo extranjero y detestable todo lo del país.



—Pues, chico, ¿sabes que es una ganga tu primo?

—Ya me lo diréis mas adelante.

—Pues si sus hermanas son así...

—No; ya las veréis, son el reverso de la medalla.

—Vamos, ¿te convences de que no he tenido culpa de la interrupcion? Ya lo has oído.

—Yo le aseguro á V., y me dispensará que se lo diga, que á no ser por la consideracion del parentesco que les une, le hubiera dicho á ese jóven lo que venia al caso.

—¡Oh! D. Agustín, no tenga V. cuidado, que ya tendrémos que decírselo mas de una vez; lo que tiene es que á él todo se le convierte en sustancia.

—Me parece mucho que se estaba burlando de mí, cuando aquello de la miel de mis colmenas,—dijo Pascual.

—Toma, y de todos nosotros, porque estamos viajando por España en vez de hacerlo por Suiza ó por Italia.

—¿Y tú no le has dicho cuántas son cinco á ese títere?—preguntó D.<sup>a</sup> Robustiana á su marido.—Pues, mira, que se venga conmigo con chilindrinas, y ya verás tú si se encuentra con la horma de su zapato.

—Con que vamos, ¿quieren Vds. salir á dar una vuelta?

—Vamos.

No habia transecurrido mucho tiempo cuando las cuatro señoras vestidas con traje de calle, penetraban en la sala diciendo:

—No dirán Vds. que les hemos hecho esperar mucho.

—Un poquito mas podia haber sido,—repuso D. Agustín.

—Mira, hombre, no gruñas; porque de todo has de tener que hablar.

### III.

Algunos minutos despues todos juntos se hallaban en la Rambla, dudando hácia qué punto dirigidrian su marcha.

—¡Caramba! saben Vds. que formamos una colonia muy regular?—decia el padre de Castro á sus amigos.

—Y lo que es mas extraño todavía,—contestó D. Cleto,—una colonia de personas felices.

—Vamos, Sacanell,—decia entre tanto D.<sup>a</sup> Engracia al catalan,—verdaderamente pueden Vds. estar satisfechos y orgullosos con su Rambla.

—¡Oh! todavía le hace falta mucho, señora.

—Sin embargo, esta animacion, este movimiento que en ella existe, el sinnúmero de tiendas que hay, la arboleda, lo céntrica que es, la prestan mayor animacion y mayor encanto.

—Sí; pero todavía le falta algo, y ese algo, es que desaparezcan algunas tiendas de salazon que por su intermediacion al mercado de San José, existen en ella.



—Bien, eso es cosa muy pequeña.

—En verano, por las mañanas á primera hora, y por las noches, es verdaderamente uno de los sitios mas deliciosos que hay.

—Y en invierno lo mismo,—añadió D. Cleto,— porque yo recuerdo haber pasado aquí muy buenos ratos paseando en esos días templados, de los que se disfrutaban muchos en esta ciudad, durante esa estacion.

Conforme habian ido hablando nuestros viajeros iban recorriendo la Rambla que, como habia dicho muy bien D.<sup>a</sup> Engracia, es indudablemente el mejor sitio de Barcelona.



La Rambla. (Vista tomada desde el Teatro Principal).

Comenzaba á oscurecer, y multitud de familias empezaban á cruzar la ancha via, dirigiéndose á los teatros de verano, situados en el paseo de Gracia, ó bien á respirar las frescas brisas que se exhalaban del mar.

De repente exclamó Sacanell, haciendo un gesto de disgusto:

—¡Adios, ya tenemos ahí á mi primo!

—Pues, sí que nos ha caido qué hacer,—añadió Azara.

Efectivamente, dirigióse hácia ellos el individuo aludido, y solamente al verle, comprendíase ya á la especie que pertenecía.

Largas patillas á la inglesa, mirada insolente y atrevida, continente desdeñoso respecto á todo lo que le rodeaba, traje de una elegancia exagerada, movimientos y ademanes de D. Juan Tenorio, pagado de sí mismo y orgulloso de su nacimiento, Alberto Pujol era el prototipo de esa especie de pollos calaveras cargantes é insustanciales, con tanta sobra de presuncion como falta de cualidades morales é intelectuales.



—*Adieu, mon cher cousin*—dijo á su primo saludándole en francés para darse mayor importancia, y dirigiéndose á las demás personas que con él iban, prosiguió.— Adios, señores.

—Adios, Alberto—repuso con alguna sequedad Sacanell,—vas á Novedades?

—No lo sé, me fastidio, todos esos teatros me cargan; en unos oyes zarzuelas cuyos cantantes te destrozan el tímpano, en otros ves comedias insípidas, mal ejecutadas; les aseguro á Vds., señores, que si han venido á divertirse van á aburrirse soberanamente.

—No lo creo yo así.

—¡Oh! sí señor, sí; conozco mucho mi país, y sé lo que promete.

—Para los que somos españoles y nos agradan las cosas de nuestra patria, mucho; para los que solo encuentran digno de encomio lo extranjero, desde luego que les ofrecerá muy poco.

El jóven dirigió una mirada impertinente á través de los quevedos á D. Cleto, y dirigiéndose á su primo le preguntó:

—¿Estas señoras son las de quienes me hablaste esta tarde?

—Precisamente.

—Y todavía no me has presentado á ellas, ¿qué habrán dicho de mí?

Sacanell, obligado de este modo, no tuvo otro remedio que aproximarse á D.<sup>a</sup> Engracia y á la madre de Antonia, diciéndolas:

—Señoras, tengo el gusto de presentar á Vds. á mi primo Alberto Pujol.

—Y yo una satisfaccion muy verdadera en conocer á los amables viajeros que han tenido valor bastante para compartir con mi primo todas las molestias é incomodidades que produce un viaje por España.

—Toma, lo mismo que por *cualquiera* otra parte,—repuso D.<sup>a</sup> Robustiana.

—¡Cómo!—exclamó el atildado caballerete á quien habia herido extraordinariamente aquel *cualquiera* lanzado á quema ropa por la robusta alcarreña.

—Que en *tóas* partes cuecen habas, y que aquí lo mismo que en París de Francia habrá de *qüeno* y de malo.

—Chico, chico, ¿de dónde has sacado este sargento de caballería que tales punta-piés le está dando á la gramática?—preguntó Alberto á Sacanell.

—Ten prudencia—repuso este.

—Tiene razon esta señora — contestó D.<sup>a</sup> Engracia, — yo, aun cuando no he viajado por el extranjero, he oido decir que nos superan en mucho, es verdad, en las comodidades, en el buen servicio en la facilidad para viajar, pero que eso no es en absoluto; podrá ser menos que aquí, pero tambien tienen su parte mala como sucede con todo.

—¿Y qué les parece á Vds. Barcelona?

—Muy bien.

—Á mí sobre *tóo* lo que mas me ha *encantáo* ha sido el mar. Hace tres años, mi pariente me llevó á tomar los baños á San Sebastian; yo no sabia lo que era aquello, pero hija, de que me *vide* allí, yo no acertaba á separar mis ojos del mar: eso sí, no me ha-



ñé, pero me estaria toda la vida mirándole; así fue que al *icirme* que Barcelona era puerto de mar, díjole á mi pariente: «pues mira, te acompaño.»

—Y diga V., señora, ¿quién es su pariente de V.?

—¡Toma! ¿quién ha de ser? Ese que ve V. ahí, Pascual, mi marido.

—¡Ah! ¿es su esposo de V. este caballero? ¿Y qué parentesco mediaba entre Vds.?...

—Hombre no sea V. así? mi pariente es un *icir*, es mi marido, porque allá en mi pueblo así nos nombramos.

—Pues señor, esta mujer va á hacerse célebre en Barcelona—dijo Alberto en voz baja á su primo.

—Sabe V., D.<sup>a</sup> Engracia, que ya me va cargando este mequetrefe?—decía D.<sup>a</sup> Robustiana á la par á su amiga.

—¿Y tus demás compañeros de viaje?—preguntó Alberto á Sacanell.

—Van allí delante con las niñas.

—¡Ah! diablo, con que tambien hay señoritas, ¡*charmant! mon ami, charmant*, preséntame á ellas: ¿son hijas de alguna de estas dos señoras?

—Sí; cada una tiene la suya.

—¡Cómo!—ese cetáceo tiene tambien una hija? Pues te aseguro que si es como la mamá...

—¿Quieres callar?

—Vamos, preséntame.

Sacanell no tuvo mas remedio que acceder á la exigencia de Alberto, y aproximándose á María Antonia y Pilar, que iban acompañadas de Castro y de Pravia, les dijo:

—Amigas mías, aquí presento á Vds. á mi primo, que es uno de los galanes mas temibles que se pasean por Barcelona.

—No tanto, señoritas, no tanto; no soy otra cosa que un admirador del bello sexo, y mucho mas cuando este se encuentra tan bien representado como lo está, por Vds.

—V. nos favorece demasiado.

—Todavía es pálido y frio cuanto digo.

—Chico, chico, no te entusiasmes porque debo advertirte, aunque cause tu desventura, que estas dos plazas están conquistadas ya, y dentro de muy pocos dias tomarán los vencedores posesion de ellas.

—Inoportuna es la advertencia, toda vez que considerándome harto humilde para aspirar á semejante dicha, apenas me hubiera atrevido jamás á dirigirles otras frases que aquellas que mi respeto y el conocimiento de mi inferioridad me dictase.

—Pero señores por Dios,—dijo Pilar;—por una parte, estamos escuchando elogios que no merecemos, y por otra, el amigo Sacanell supone en su primo lo que quizás él mismo no habia pensado.

—En cuanto á mis elogios, son sinceros; respecto á lo segundo, no puedo decir mas sino que envidio y felicito á estos señores por la dicha que van á disfrutar.

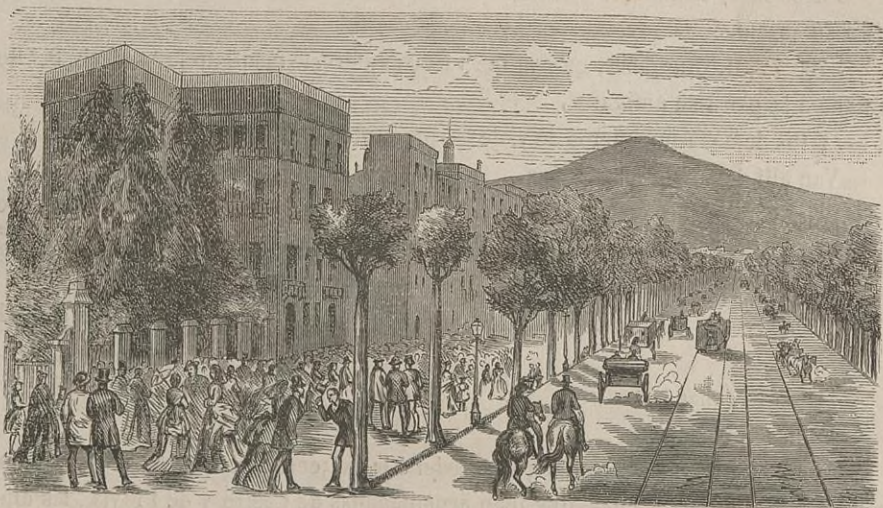
Durante un buen espacio estuvieron paseando los jóvenes por la Rambla, dirigiéndose despues hácia el paseo de Gracia con ánimo de entrar en uno de los teatros que en él existen.



Una vez en la plaza de Cataluña y al dar vista al paseo, exclamó D.<sup>a</sup> Engracia :  
— Que bonito efecto producen todas esas luces y que adornadas están las puertas de esos teatros.

— Y que fresco tan agradable se respira, — añadió D.<sup>a</sup> Robustiana que iba soplando como el fuelle de una fragua.

— Si que es verdad, — añadió D. Cleto.



Paseo de Gracia. (Vista tomada desde la plaza de Cataluña).

— ¡Ay! D. Cleto, si yo pudiera darle á V. unas pocas de las carnes que tengo.

— Mucho favor me haria V. porque precisamente esto es lo que á mi me falta.

— Y mire V. que yo no sé que hacer para no engordar tanto; pero hijo cuando está de Dios que una ha de ser así, agua que beba se le vuelve carne.

— Sin embargo, — repuso Alberto que en aquel momento abandonaba á los jóvenes para pasar al lado de las dos señoras, — la mucha carne tambien embellece.

— Quite V. de ahí hombre, quite V. de ahí; que belleza ni que niño muerto, yo no sé como lo hacen Vds. para estar tan delgados.

— En que nosotros trabajamos mucho mas que Vds., andamos mas, nos dedicamos menos á los placeres de la mesa...

— Pero ¿qué está V. hablando? Que ha de trabajar V. mas que yo, pues bonita es la hija de su madre para dejar que otros hagan lo que yo puedo hacer.

— Diga V. señora ¿y quién es la hija de su madre de V.? — preguntó Alberto sonriéndose y mirando con impertinencia á D.<sup>a</sup> Robustiana.

— Dígame V. caballero, ¿se está V. *quaseando* conmigo?

— ¡Yo señora!

— Diga V. ¿tengo yo alguna danza de monos en la cara ó me va V. á retratar?

— ¿Por qué dice V. eso?







# LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

Obra dedicada al Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia.

## PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la seccion religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religion, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por lo menos como la novela de mayor interés.

La *Pasion del Redentor* que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasion del Redentor* que no sea perfectamente exacto; ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés reviste de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático e histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nacion que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas; la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patibulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen; el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebosando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardentemente enamorado corazon de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos, el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavora, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allá gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesias; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La excesiva delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasion del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasion del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é irá ilustrada con veinte y cuatro primorosas láminas, comprendiendo estas los RETRATOS DE JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARIA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PÁJARO de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasion, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos solo añadir que **considerarémus suscritos á *La Pasion del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indicada serie de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al infimo precio de UN CUARTILLO DE REAL cada una en toda España. Las láminas y la Vista de Jerusalem que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. Tambien pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.